



# En la trinchera contra el virus

**Una jornada.** Esto no es una guerra, pero si lo fuera, aquí es donde se lucha resistiendo. EL CORREO entra en la UCI de Txagorritxu, donde 200 sanitarios se dejan la piel para sacar a flote a los más críticos. Ahora comienzan a respirar

JORGE  
BARBÓ



**T**odos llevan la misma marca, esos surcos alrededor de los ojos y el puente de la nariz, abrasado, casi en carne viva. La señal en sus rostros recuerda a la de los nadadores que, exhaustos, se quitan las gafas al alcanzar el borde de la piscina. También están agotados, pero ellos no han llegado todavía a ninguna orilla. Llevan cinco semanas dando brazadas con todas sus fuerzas en medio de un océano inhóspito. Están tan extenuados que, a ratos, parece que lleven plomo atado a los tobillos. Han estado a punto de ahogarse. Y, de hecho, muchos, demasiados, se les han hundido por el camino. Desde la quinta planta de Txagorritxu, los médicos y las enfermeras y los auxiliares y las limpiadoras y los celadores todavía no pueden ver tierra firme en el horizonte. Pero aquí, en la gran trinchera contra el coronavirus, comienzan a respirar. Aquí, en la UCI, siguen luchando



◀ Dos enfermeras ayudan a un paciente a hacer una videollamada.

▶ Sanitarios se colocan los trajes de protección. A la derecha, respiradores recién llegados.

▼ El personal trabaja en el control de la UCI de Txagorritxu. A la derecha, el almacén.



REPORTAJE FOTOGRÁFICO RAFA GUTIÉRREZ

a brazo partido por mantener a todos a flote.

En teoría, no puede haber sitio en el mundo en el que te puedas sentir más seguro que en una Unidad de Cuidados Intensivos. Si algo malo te ha de ocurrir, que sea aquí, con los equipos más sofisticados, los profesionales más entrenados para hacer frente a las situaciones críticas. Y, sin embargo, franquear estas puertas produce ahora un profundo respeto, una extraña sensación de alerta muy cercana al miedo. En este reino de la asepsia más absoluta, resulta que tocar cualquier superficie, rozar un pasamanos, apoyarte en una mesa supone ahora un riesgo. Protegidos de cabeza a los pies, aquí sólo se puede acceder con una de esas mascarillas como de pico de tucán chato, guantes (dos pares, unos de caña larga), las gafas de protección, el buzo esasySAFE con capucha, y calzas verdes.

Así también entró EL CORREO para pasar una mañana en esta UCI de Txagorritxu, el epicentro de la lucha contra el virus en Álava. Es Viernes Santo y los casi 200 profesionales que trabajan aquí (a los que hay que sumar los 150

de Santiago) llevan cinco semanas de pasión. Los datos siguen siendo su cruz. Aquí, la tasa de mortalidad es del 36%. Más de un tercio de los que entran no viven para contarlo. En lo peor del coronavirus han llegado a superar los 41 pacientes ingresados. El viernes se llegó a 36 y ayer descendieron a 32. Un alivio teniendo en cuenta que esta unidad fue diseñada hace una década para atender a 20 personas. Ha habido que improvisar. Se ha habilitado el ala de Cardiología, con 14 camas, y parte de los quirófanos que han sumado otras 12. Hoy por hoy, Txagorritxu dispone de 46 plazas de UCI. «Nunca, ni en los momentos más duros han faltado camas», aseguran los responsables del servicio. Hoy mismo, hay 16 vacías.

Por un pasillo, tras colocarse todos y cada uno de los elementos de ese traje de seguridad, paso a paso, en un escrupuloso orden que no admite un movimiento en falso, se llega a un espacio diáfano. Este sitio recuerda al decorado de una película de ciencia ficción. Con todos esos sanitarios de riguroso blanco, todo resulta demasiado irreal para ser cierto.

#### LA CIFRA

**36%**

es la tasa de mortalidad, a 9 de abril, en la UCI de Txagorritxu. El servicio de Medicina Intensiva tenía ayer a 32 pacientes ingresados, el pico se alcanzó entre el 28 y el 29 de marzo. 41 pacientes luchaban por su vida en Txagorritxu y Santiago.

#### LAS CLAVES

##### HUMILDAD

«Aquí no hay heroicidad, sí mucha profesionalidad. La sanidad pública es la que nos va a sacar de esto»

##### HUMANIDAD

«La soledad también duele. Por eso hacemos videollamadas para acercar a los pacientes a las familias»

Pero lo es, vaya si lo es.

Esta UCI se distribuye en una veintena de boxes, una decena a la izquierda y otras tantas a la derecha, como en un espejo. Son cubículos acristalados que recuerdan a los acuarios donde viven esos peces tropicales tan frágiles. Y, en el fondo, no son tan distintos. Dentro, las condiciones ambientales también están hipercontroladas. Cuatro de ellos están equipados con un sistema de presión negativa: dentro entra el aire más puro que se pueda respirar y el contaminado por el paciente con Covid nunca sale al exterior. La temperatura siempre se mantiene entre los 21 y 24 grados.

#### Frágiles

Cada box cuenta con unas cortinas livianas, una especie de visillos que tratan de dar algo de intimidad a los pacientes, tan frágiles. A través de ellos se les intuye, con el torso desnudo y cables brotándoles del pecho, de la nariz. El jefe de la unidad de gestión clínica de Medicina Intensiva de la OSI Araba, Sebastián Iribarren, lo ilustra de forma meridiana. «Aquí metemos tubos por todos los agujeros, incluso por los que

no existen».

«Todos han ingresado con insuficiencia respiratoria grave y claro que hay enfermos jóvenes, gente de treinta y pocos, aunque, sí, la media se sitúa entre los 60 y los 70 años», detalla el doctor. Muchos permanecen sedados. Otros, perfectamente conscientes, como ese señor al que se le intuye la sonda nasogástrica por encima de la revista que está leyendo. Hay algunos en esta UCI que llevan 30 días luchando. Hay quien se aferra a la vida con un hilito quebradizo. Otros, con la madeja entera.

Luis es de estos últimos. Las enfermeras encuentran un momento, entre sondas, goteros y jeringas cargadas con ese mejunje parduzco que es la alimentación parenteral, para ayudarlo a hacer una videollamada, con el móvil embolsado, como si le hubieran colocado un condón. El hombre no puede hablar todavía. Sólo asiente. «Hola, aita, te veo muchísimo mejor», se escucha desde el altavoz. Él levanta la mano con la ayuda de las enfermeras. A Luis se le ilumina la cara: si esto fuera un videojuego, esta llamada le daría un cuartito





➤ to de rayita de vida. En este sitio tan frío, donde todo parece regirse por un orden cartesiano, este momento es de una humanidad sobrecogedora. «Somos muy conscientes de lo importante que es mantener el vínculo con la familia, por eso hacemos lo de las videollamadas. Es que la soledad también duele», explica el doctor Iribarren.

Todo ese enjambre de cables, de tubos, de vías, de sondas que extraen fluidos de todo tipo, todas esas pantallitas, todas esas lucecitas, todos esos aparatos que espían la salud de los pacientes al segundo emiten una sinfonía anárquica de ruiditos, de sonidos, de alarmas, de campanillas electrónicas. Y entre ese ruido enervante se escucha, bajito, el hilo musical, de fondo suena la radio, suena el ritmo sincopado... de un reguetón. Nadie repara en la música.

En el centro de la UCI, en el control, las pantallas de los ordenadores con las constantes vitales de cada uno de los pacientes. Esas líneas irregulares, llenas de picos y valles, que son los perfiles orográficos de las 18 vidas que aquí se aferran por seguir adelante.

Médicos y enfermeras luchan por todos los medios por evitar que esas gráficas entren (piiiiiiiiiiiiiiii) en terreno llano. Se están dejando el pellejo ahí. Se están dejando el alma. «Los primeros días no éramos conscientes porque íbamos tan a tope, todo era tan caótico que no había tiempo a pararte a pensar. Pero ahora, ahora es cuando empiezan a aflorar las emociones, hay que evitar situaciones de estrés postraumático», cuenta César Rodríguez, el supervisor de enfermería.

### Lágrimas

El personal recibe sesiones grupales de psicólogos dos veces por semana, tiene a su disposición asistencia telefónica y también talleres de mindfulness. Porque no, ellos no son autómatas. Son hijos de padres con edades muy parecidas a los pacientes que ahora atienden. Por mucho cargo que ostenten, por muy gerifaltes en bata que sean, tienen las emociones a flor de piel. Ahí tienen al mismísimo jefe de servicio de Medicina Intensiva, Fernando Fonseca, que no puede retener las lágrimas al evocar los primeros días de lucha en el hospital, la emo-

### «No faltan respiradores pero ha habido que racionalizar mucho»

**En un cuarto que pasa desapercibido, dentro de la propia UCI, se almacenan varios respiradores. La puerta está abierta pero la imagen recuerda a una cámara acorazada: Probablemente ahora estos aparatos sean más codiciados en el mercado internacional que cualquier diamante rosa. Cada uno, de un modelo distinto. Están los Dräger Evita XL y están los Covidien, tan codiciados, de alto flujo, que permiten no llegar a intubar a un paciente. Todos funcionan como el sistema respiratorio humano, como pulmones artificiales, con circuitos haciendo de alvéolos. Con chips de bronquiolos. Son aparatos complejissimos, fascinantes. Hoy acaban de llegar tres Mindra SV300 nuevecitos, de esos que ha comprado Osakidetza en China. «Ahora no faltan, pero hemos racionalizado mucho su uso», aseguran los médicos del servicio.**

ción que sintió al escuchar esos primeros aplausos que les llegan, claro que les llegan. Son humanos cuidando de humanos con humanidad. Una perogrullada que, sin embargo, conviene recordar.

Porque esperas encontrarte aquí a un regimiento combatiendo al enemigo con sangre fría en una sucesión de escenas épicas. Gente corriendo de acá para allá. Camilleros gritando '¡un médico!, ¡un médico!' A falta de balas, con el virus silbándoles por encima de las cabezas. Gettysburg. Las Termópilas. Txagorritxu. Pero esto no es ninguna guerra. Aquí no huele a napalm por las mañanas, solo a mucho desinfectante. «Aquí no hay heroicidad, hay mucha profesionalidad, estamos haciendo nuestro trabajo. Ahora es cuando se está demostrando lo importante que es la sanidad pública, que es la que nos está sacando de esto», arguye Iribarren, el máximo responsable de la UCI.

Es mediodía y dentro del traje la sensación es tremendamente claustrofóbica. Se empañan esas gafas que donó el hermano de la enfermera Txaro, que participa en el Dakar. La mascarilla ahoga,

sudan las manos bajo los guantes... «Agobiado, ¿verdad? Pues los primeros monos que tuvimos, unos amarillos, eran mucho peor, no transpiraban nada. Ahora, imagínate pasar siete horas así (lo que dura cada turno, diez por la noche) y tener que colocar una vía, una sonda con todo eso puesto». Alba Iglesias es enfermera, una de las primeras que se enfrentó al virus. Nunca olvidará aquel 29 de febrero, cuando saltaron todas las alarmas en el hospital. «Me tocó atender a la primera paciente sospechosa. Entonces, esto todavía era una cosa lejana, ajena a nosotros, que sólo pasaba en Italia y en China», cuenta. «Fuimos reaccionando poco a poco, asumiendo nuevas medidas. Nosotros tenemos suerte, aquí en la UCI estamos muy protegidos y por eso hay muy pocas bajas, en las plantas están mucho peor», cuenta.

En estas semanas Txagorritxu ha cambiado muchos protocolos. También su propia anatomía. Sus huesos de cemento, su piel de vidrio se ha tenido que adaptar al virus. Si un organismo vivo tiene a los linfocitos para defenderse de una agresión externa, el hos-



▲ Los trabajadores de la UCI, exhaustos, descansan en una de las salas destinadas al personal.

◀ Sanitarias trasladan instrumental médico entre los boxes de la unidad.

▶ El cartel pintado por Carmen, el alma artística de la UCI, 'anima' en la sala de la máquina de café.



pital tiene a los operarios de mantenimiento. Ellos, junto con los administrativos y los informáticos, son sus defensas. Han levantado tabiques de pladur; han abierto puertas donde no las había y han creado espacios nuevos. Aquí, en la quinta, en el vestíbulo frente a los ascensores donde antes aguardaban los familiares al último parte médico con el alma en vilo, ahora se guarda material, se han levantado dos vestuarios y se ha habilitado una especie de sala de descanso donde los sanitarios salen a coger aire. De forma literal. «Con tantas horas con el EPI puesto, te ahogas», resoplan. Están abatidos, agotados.

### Exhaustos

En este espacio, junto a los ventanales descansan ellos, de los que todo el mundo habla, a los que todo el mundo alaba. La sensación es parecida a cuando accedes al camerino de unas estrellas del rock. Aquí están Pili y Ágreda, enfermeras, que estudiaron juntas en el instituto y ahora pelean, codo con codo contra el virus. Aquí está Dani, invitando a cortados, a solos y a ese irlandés que de irlandés sólo tiene el nombre. Aquí

están Iker e Ibai, dos médicos del servicio de cirugía que están armando el hombro. Aquí está Garazi, que llevaba cinco años sin pisar una UCI y ahora no se imagina trabajando en otro sitio. Aquí están Noemí, Anastasio y Pablo, tres intensivistas acostumbrados a la tensión, a esas guardias infernales «pero nada como esto». «Para mí, lo más duro es dar la información a las familias», apunta Pablo. «Cuando estás frente a un familiar, puedes usar el lenguaje no verbal para explicarte, pero ahora hay veces que te escuchas a ti mismo y dices: 'madre mía lo que le estoy soltando'. Las familias están más receptivas que nunca, tienen un comportamiento ejemplar».

De estos corrillos, de estas pausas para el café, llama la atención lo jóvenes que son estos sanitarios nuestros. Hay un ambiente de colegao, de compadreo. Las jerarquías se han disuelto. Todos están unidos para plantarle cara al virus. Que las limpiadoras son tan importantes como ellos es algo que tienen muy interiorizado, pero que también es visible en lo más exterior, en los uniformes. Bajo los buzos blancos, todos llevan pi-

jamás verdes, de los que antes utilizaban en los quirófanos. Pijamas verdes sudados con cansancio.

Son más de las dos de la tarde. Falta poco para que termine el primer turno del día en la UCI. Y no puede hacerlo del mejor modo. Hace un rato que Blanca se ha levantado donde llevaba postrada desde el lunes. «Me encuentro bien pero echo muchísimo de menos a mi marido, a los niños». Blanca es la esperanza ídem. Ahora mismo sale de la UCI a planta. Aquí vienen médicos y enfermeros y auxiliares y limpiadoras en mono blanco, todos en tropel, para recibirla con aplausos. Los celadores empujan su cama, ya sin cables, ya sin sondas, ya sin pantallas, hacia el ascensor. Todos aplauden y vitorean, igual que se recibían a los astronautas cuando llegaban del espacio. Hay algo de catártico en este momento. No conoces de nada a Blanca pero al ver todos esos ojos empañados en lágrimas tras las gafas, esos aplausos, una congoja se te anuda a la garganta. Esto hace que merezca la pena seguir nadando. No paréis. Tenéis que ayudarnos a llegar a la orilla. Sanos y salvos.

## «Aquí sólo se ingresa a pacientes con expectativas de recuperación»

Las UCI mantienen la fragilidad del paciente como principal criterio para la selección de ingresos, como hacían antes del Covid-19

T. BASTERRA/J. BARBÓ

BILBAO/VITORIA. Mucho se ha hablado de los criterios de selección de pacientes en las UCI durante la actual pandemia. Osakidetza elaboró un protocolo de actuación ante un hipotético colapso de estas unidades, en consenso con los máximos responsables de las mismas en los hospitales vascos, que a día de hoy no ha sido necesario aplicar. La disposición de un número suficiente de camas ha permitido a estos profesionales mantener «los mismos criterios de siempre» en el triaje de los enfermos que ingresan.

¿Y cuáles son? «Analizamos las expectativas de recuperación que tiene cada paciente. En ocasiones, el paso por esta unidad solo puede aportar dolor y sufrimiento innecesarios», explica Sebastián Iribarren, jefe de gestión clínica de Medicina Intensiva en la OSI Araba.

—¿Y la edad es un criterio determinante para ingresar o no a un paciente?

—No. En todo caso, es uno más. En la UCI se les somete a tratamientos muy agresivos, que también entrañan un riesgo de mortalidad. Valorar el riesgo-beneficio es algo que no sólo hacemos ahora, se ha hecho siempre. Aquí hay ingresados pa-

cientes de edades muy diversas, la mayoría entre los 60 y los 70 años, pero también gente de treinta y tantos. Siempre se valora si entrar a la UCI aporta algo o no. Los que ingresamos aquí es porque creemos que son recuperables.

En Txagorritxu, como en el de Cruces, en Barakaldo, la decisión de quién pasa a la UCI y qué enfermo con coronavirus se queda en planta se toma en equipo. En el hospital vizcaíno cada mañana los responsables de Neumología, Anestesia y Reanimación, Medicina Interna, Enfermedades Infecciosas e Intensivos mantienen una reunión telemática en la que revisan la situación de los pacientes y ven cuáles cumplen las pautas de acceso a las unidades de críticos, en caso de que empeorase su estado.



Sebastián Iribarren

«Valoramos estrictamente qué opción le podemos dar a cada uno y hasta dónde puede llegar. Una vez decidido quiénes cumplen los criterios de entrada, si al final uno de ellos se pone malo va a tener cama asegurada y se hará todo lo posible por él explica el jefe del servicio en Cruces, Fermin Labayan.

### Criterios bioéticos

En las UCI los criterios bioéticos son una de las guías que marcan la labor de los profesionales, en especial cuando las cosas se tuercen y el paciente no responde al tratamiento. «Consensuamos entre todos hasta dónde llegar. Nos ponemos un techo terapéutico». Los medios técnicos permiten mantener al enfermo con vida por un tiempo indefinido, pero si ven que no se va a recuperar toman la decisión de dejarle marchar. «Es nuestro paciente, pero es también persona y la dignidad está por encima de todo».

La edad media del paciente habitual de la UCI es de 70 años. En el caso de los que ingresan por coronavirus en estas unidades de críticos se reduce hasta los 55. «Es gente joven». El alto número de muertes que está causando la epidemia en Euskadi, en especial entre las personas de más de 70 años, se explica por que se trata de «una patología muy agresiva y los más frágiles tienen menos capacidad de respuesta».

### LAS CLAVES

#### RESPONSABILIDAD

«Siempre se valora la relación beneficio-riesgo. La edad, en todo caso, es solo un factor más que tenemos en cuenta»

#### MORTALIDAD EN ANCIANOS

«La del coronavirus es una patología muy agresiva y las personas más frágiles tienen menos capacidad de respuesta»